

EFFECTOS DE LA REPUBLICA DEL IRAQ EN EL SISTEMA ARABE

Desde el golpe militar y la revolución popular que simultáneamente estallaron en Bagdad el 14 de junio, viene siendo evidente que los nuevos rumbos tomados por el Estado y la nación del Iraq son el principal factor que ha influido en una serie de cambios radicales que afectan al mundo árabe y al Próximo Oriente en general. Después de haberse recogido en lo documental de las fechas de este año los episodios principales de la revolución iraquí y el desarrollo sucesivo de los reconocimientos por otras potencias (así como lo que influyó en las crisis anteriormente planteadas, sobre todo, la libanesa), lo que ha quedado como línea esencial ha sido aquello en lo cual fracasaron varias teorías artificiosas que no se apoyaban en realidades objetivas. Se trata de los empeños que en algunos círculos políticos de algunas de las potencias llamadas «occidentales» se ponían en querer ignorar que las estructuras artificiosas de los regímenes que se crearon por influencias de las naciones vencedoras en la primera guerra mundial no tenían nada que ver con «los países reales» o los pueblos reales que desde 1952 se imponen en toda evolución popular.

Respecto a los episodios sangrientos de los sucesos de julio, ha de tenerse muy en cuenta que desde que en 1955 la firma del Pacto de Bagdad fué interpretada en la Liga de El Cairo como un apartamiento y desligamiento iraquí del sistema arábigo, la mayor parte de los intelectuales iraquíes comenzaron a dar la revolución por descontada tarde o temprano. Esto no era sólo por el hecho de que el Pacto de Bagdad volviese a reforzar los lazos de la influencia inglesa (lo cual daba a los iraquíes sensación de que volvían también disimuladamente a los tiempos del mandato) ni porque molestaba a los nacionalistas ver que se prefería Turquía a Egipto. Lo esencial era que paralelamente al comienzo del funcionamiento del Pacto se reforzaron los medios de presión, por los cuales estaba de hecho prohibida

y reprimida toda actividad política que fuese ajena o contraria a los intereses de Nuri Said.

En lo exterior, el descontento se acumulaba en torno a la afirmación insistentemente repetida en las calles y los bazares, de que «la política extranjera es ajena a los intereses del país». Esto se refería, sobre todo, a una convicción de que los compromisos internacionales que el Iraq contraía eran para resolver problemas de países lejanos, mientras los del propio Iraq quedaban cada vez más abandonados. En realidad no molestaba tanto la cooperación de los gobernantes de Bagdad con determinadas grandes potencias, como el hecho de que Iraq tuviese que desempeñar en tales combinaciones el desairado papel de un satélite mudo.

Varios meses antes de que estallase la revolución de julio, ya se sabía que los círculos de oposición de Bagdad, concretaban sus principales aspiraciones en el lema: «Hay que nacionalizar el Gobierno y la política exterior.» En la actitud hacia las potencias anglosajonas se decía: «Si cooperamos con Occidente ha de ser en términos de estricta igualdad.» Lo que molestaba más era lo forzoso de las colaboraciones, que daba a los iraquíes la sensación de no mandar en su propia casa; y también la convicción de que mezclándose en los problemas mundiales de Londres y Washington, el Iraq perdía un tiempo y un dinero que necesitaba para remediar el estado de general pobreza en que vivían las masas del pueblo iraquiano.

Estos antecedentes explican que después de haber triunfado en Bagdad el primer impulso callejero, con la muerte violenta del Rey, el ex-Regente y el Primer Ministro, a pesar de que en estos dos últimos una de las cosas más odiadas por la gente era su extranjerismo, los jefes del nuevo régimen militar triunfante se apresuraron a hacer constar por radio y a través de sus embajadas que no era de ningún modo contrarios al llamado «Occidente» ni a sus principales potencias. En realidad con el General Abdul Karim Kassem y sus amigos triunfó el principio de la libertad de decisión iraquí. Así la moderada prudencia que les ha hecho no romper con Gran Bretaña ni salirse ruidosamente del Pacto de Bagdad va unida a una soltura de movimientos que les ha permitido afirmar y confirmar una política internacional, definida por el General Abdel Karim Kassem como un deseo de no pertenecer a ningún grupo de países dirigido contra otro grupo.

La figura del propio General Abdel Karim Kassem constituye un factor muy importante de equilibrio. Por sus antecedentes profesionales se ha señalado en él su formación en la academia militar de Sanhurst, así como

lo estricto de las labores de organización que desempeñó en sucesivos puestos de mando. En cuanto a su actuación al establecerse la república de régimen militar, fué evidente la rapidez con que se restableció un nuevo orden después de los motines callejeros. Inmediatamente fueron desarmados aquellos núcleos de gentes que podían ser consideradas como agitadores, y los elementos de quintas columnas que deseasen la violencia por la violencia misma. Después de saberse que se hubiese preferido poder juzgar seriamente a los gobernantes muertos, (si las masas no se hubiesen adelantado), el proceso abierto contra ciento ochenta acusados ante un tribunal especial ha sido orientado más que por motivos de tipo interior, por otros de carácter arabista.

Por ejemplo, las inculpaciones contra el ex-jefe adjunto del Estado Mayor, General Ghazi Daghestami, se han basado en una acusación de traición por haber accedido a supervisar la parte militar de un proyecto de golpe de Estado en Siria que en 1956 habían proyectado de acuerdo Nuri Said y el Presidente sirio Adib Chichakli. También se supo poco después de provocarse el golpe de Estado de Bagdad que este había sido acelerado a causa de que después de comenzar la agitación en el Líbano contra el Presidente Chamun, manifestó Nuri Said su deseo de que fuerzas armadas iraquianas fuesen directamente o por medio de cooperar a presiones internacionales sobre las fronteras de la República Árabe Unida. Por otra parte, el antes Regente y después heredero Príncipe Abdulillah no recataba su deseo de llegar a ser Rey de Siria utilizando apoyos extranjeros. Según un portavoz del nuevo régimen de Bagdad, la revolución se hizo inevitable porque: «puestos en la alternativa de tener que hacer la guerra contra otro Estado árabe hermano, o de ponerse al lado de la oposición, los militares patriotas prefirieron lo segundo».

En resumen, la labor interna de Abdel Karim Kassem y sus colaboradores, se desarrolló en dos etapas. Primera fué la de procurar que el general descontento de los intelectuales unido a la miseria popular no desembocase en una agitación destructiva; por lo cual los «oficiales libres» de Bagdad prefirieron tomar ellos mismos las riendas como un mal menor. La segunda etapa ha comenzado a consistir en un empeño de subordinar las cuestiones teóricas e ideológicas a las más urgentemente reconstructivas, especialmente económicas. Así parece ser que por primera vez se podrán aplicar a las mejoras de la producción y el nivel de vida, con obras sanitarias, casas baratas, etc. la mayor parte de los ingresos que se obtienen con las cuotas de las explotaciones petrolíferas. Eso explica que una de las más urgentes me-

didadas que en julio tomó la primera junta militar provisional fué la de hacer saber que se respetarían los intereses de las compañías concesionarias del petróleo.

El petróleo y otros aspectos de la reconstrucción económica han venido explicando durante estos recientes meses partes de las formas peculiares adoptadas en lo que se ha comenzado a denominar «neutralismo iraquí»; al menos en sus primeros tiempos. La desaparición del mayor obstáculo que para la libre difusión de los programas arabistas y panarabistas representaba el régimen de Nuri Said, explicó que desde los primeros momentos del gobierno de Abdel Karim Kassem, fuese su más rápido y entusiasta apoyo el del Presidente Gamal Abdel Nasser. También constituyó una de las más urgentes medidas de los jefes de la república de Bagdad la de enviar al Presidente de la R. A. U. una delegación para concertar un pacto de defensa. Pero el Jefe del Gobierno republicano iraquiano ha hecho constar cuidadosamente en varias ocasiones que respecto a la cooperación con la República Árabe Unida, habrá de estudiarse en cada caso los intereses de los dos pueblos.

Iraq es ahora neutro o neutralista entre los dos sectores de la política mundial; pero sus formas de neutralismo han comenzado por mostrarse muy diferentes de las del doble Estado de Egipto-Siria. No estriba sólo la diferencia en la persistencia de los intereses petrolíferos anglo-franco-estadounidenses que hasta ahora no han sido afectados por el nuevo establecimiento de relaciones diplomáticas entre Moscú y Bagdad. Tampoco en el modo de ir ganando tiempo sin tomar una decisión que deje al Iraq dentro o fuera del Pacto de Bagdad. Sino sobre todo en el deseo manifestado de que las actividades internacionales del Iraq se desarrollen preferentemente dentro del marco de la O. N. U.

Esa actividad internacional que ha nacido tan estrechamente adherida al ambiente y las posibilidades de la Organización de las Naciones Unidas, ha repercutido muy directamente en el relativo y reciente renacer parcial de la Liga Árabe; es decir, de un organismo que después de haber cumplido brillantemente los diez primeros años de una activa actuación entre 1945 y 1955, había decaído hasta quedar reducida a una especie de oficina de correspondencias oficiales, y un grupo de secciones científicas que no tenían fuerza de carácter político. El antecedente de que la Liga había comenzado a hacerse inservible, precisamente cuando Iraq entró en el Pacto de Bagdad volviendo para ello la espalda a los otros países árabes, ha sido desde luego un primer motivo para que la Liga se levante al volver a ac-

tuar el Iraq con un nuevo sentido nacional. Pero además han ayudado las circunstancias de que en el verano de 1958 los del Iraq, y la repulsa de la O.N.U. a admitir que las potencias anglosajonas pudiesen sustituir con sus acciones militares las de los observadores y el Secretario General de la O.N.U. han reforzado ante los ojos de los árabes del Oriente el prestigio de la organización mundial. Así este puede ser el momento en que la Liga Árabe llegue a desempeñar dentro de la O.N.U. el papel de organización regional; papel que ya tenía oficialmente, pero hasta ahora no había podido comenzarse a ejercer con autoridad y unanimidad de conjunto.

La sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas que se celebró desde el 13 al 22 de agosto sirvió para que (por primera vez después de un lapso de varios años) todos los Estados árabes se mostrasen de común acuerdo en la necesidad de rechazar toda intervención de una gran potencia, de cualquier gran potencia, en los asuntos internos de cualquier país del Próximo Oriente. En esta decisión no sólo aparecieron agrupados los Estados de la antigua Liga del Cairo, sino aquellos que como Marruecos y Túnez no formaban parte de ella. La resolución tomada el 22 por la Asamblea General, aprobando el texto de la propuesta árabe, estuvo desde luego influida por varios factores ajenos; como el del parecer unánime de los países hispanoamericanos cuyos acuerdos continentales anteriores nunca reconocieron las intervenciones forzosas de unos Estados en la política interna de otros. Pero sirvió al arabismo de refuerzo, y dentro del arabismo a los países que como el Iraq conservan mejor su libre decisión.

El rápido reconocimiento por el Líbano del nuevo régimen de Bagdad (cuando aún seguía en Beirut siendo Chamun Jefe del Estado), y luego la declaración hecha el 24 de agosto por el Primer Ministro jordano Samir Rifai de que él vería con agrado un establecimiento de buenas relaciones normales con la república iraquí, fueron desde luego efectos del éxito árabe en la O.N.U. Además, es cierto que Iraq puede ahora servir de fiel de la balanza entre los demás extremos del arabismo, pues está menos comprometido con las grandes potencias. En cierto modo pasa Iraq a reforzar la posición de nacionalismo prudente que ya desempeñaba Sudán, y en parte Arabia Saudita. Por eso el General Abdel Karim Kassem desea y espera que la República iraquí, no sólo llegue a ser miembro del Consejo de Seguridad, sino que en tal concepto puede tomar alguna vez parte en una conferencia de alto nivel.

Respecto a los países del Próximo Oriente u Oriente Medio, lo que más fundamento ha dado a los dirigentes iraquíes para sus pretensiones de

poder hacer de portavoces o centros de equilibrios, ha sido la circunstancia de que desde el 14 de julio los principales sucesos ocurridos en aquel Levante arábigo han sido determinados por la caída de la monarquía iraquí. Así fué evidente que los sucesos de Bagdad provocaron o precipitaron la decisión estadounidense del envío de tropas a Beirut; y desde luego la llegada de paracaidistas ingleses a Amman fué también determinada por la revolución iraquí. Inversamente la sustitución de la acción anglosajona por la internacional de la O. N. U. parece demostrar que al fin y al cabo tenían razón los iraquíes nacionalistas, con lo cual el papel de éstos ha quedado reforzado.

Respecto a los países del arabismo occidental, o sea los del Norte de Africa, el papel activo del nuevo Esta iraquiano ha servido para que entre los meses de agosto y septiembre los estados independientes norteafricanos acentúen sus posibilidades de libres decisiones y originalidad. Desde después de los sucesos de Suez en 1956 hasta la revolución iraquí de julio, la línea general del nacionalismo árabe activo había quedado vinculada a los destinos de Egipto, y después a los de la R. A. U. El popularismo árabe seguía solamente la línea de acción marcada por El Cairo, porque en otros países los gobiernos parecían demasiado atados a diversos compromisos con las potencias extrañas. Así solo El Cairo recogía la fuerza de lo árabe popular; con un indudable peligro de fracaso al polarizarlo todo sobre una misma superficie en la cual los compromisos de El Cairo con Rusia parecían una limitación. El nuevo régimen de Bagdad ha añadido otro Estado nacionalista y popular. De este modo no sólo se refuerza la acción árabe de la R. A. U., sino que el arabismo se encuentra con otros instrumentos diferentes de acción; y permite que Saudía, Marruecos o el Sudán puedan llegar también a ser instrumentos eficaces especiales. Con ello, el arabismo puede conservar y reforzar una pluralidad de expresiones que en la mayor parte de los casos no lo debilita sino que lo extiende.

En Marruecos y Tunicia las visitas especiales realizadas a Rabat y Túnez por el Ministro iraquiano de Asuntos Exteriores, Sayid Abdel Jabbar el Jomar, ha sido uno de los hechos que más han determinado las decisiones de los gobiernos magrebí y tunecino de adherirse por fin a la Liga Árabe desde el día 1 de octubre. El rápido reconocimiento que el 19 de septiembre se hizo en Bagdad del gobierno provisional de la República argelina (inmediatamente después de que lo hiciese la R. A. U.) ha estado también dentro de la actitud general panarabe, que consiste en procurar una «identidad en la diversidad».

En el número 36 de esta revista «Política Internacional» correspondiente a abril del corriente 1958, ya se hizo constar (antes de que se produjesen las crisis del Líbano, Iraq, Jordania, etc.) que después de haberse formado la República Árabe Unida con un contenido netamente popular, los demás Estados del mundo árabe que no quieran fundirse ni confundirse con el que preside Gamal Abdel Nasser sólo podrán en lo sucesivo lograr tal propósito buscándose ellos mismos unos contenidos populares. El tiempo y el curso de los acontecimientos han confirmado posteriormente aquellas deducciones que hacíamos en estas mismas páginas. Subrayando en lo arábigo interno la necesidad de que los Estados existentes se robustezcan y consoliden, suprimiendo los restos de las oligarquías a la vez que acentuando las evoluciones en sentido del beneficio de sus masas humanas más numerosas.

Al mismo tiempo, en lo exterior a todo el arabismo es cada vez más evidente la necesidad de que todas las potencias extranjeras consideren que no podrá haber política arábigo si no consideran a sus pueblos en plan de absolutas igualdades, y necesarios diálogos cordiales al mismo nivel.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

